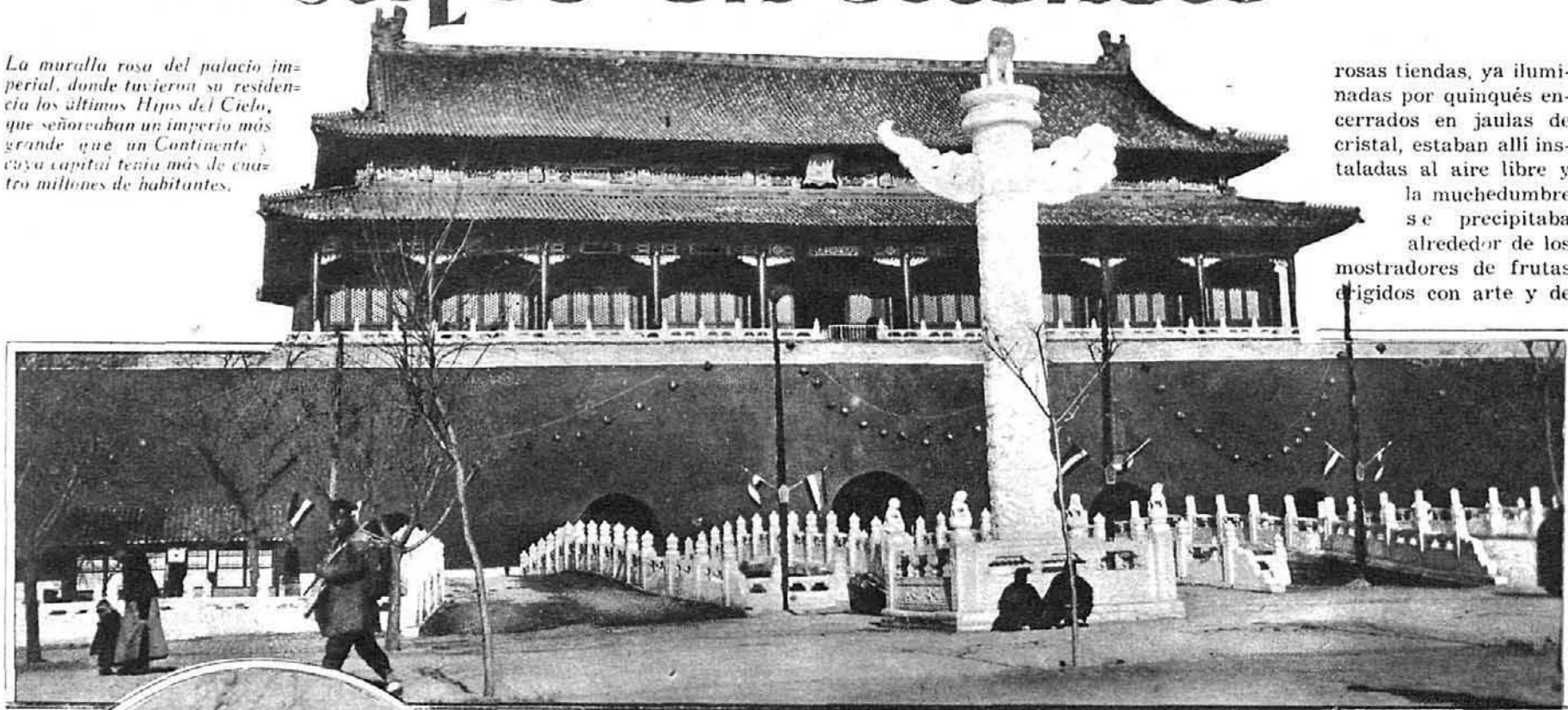


Pekín, la ciudad donde se sufre en silencio

La muralla rosa del palacio imperial, donde tuvieron su residencia los últimos Hijos del Cielo, que señoreaban un imperio más grande que un Continente y cuya capital tenía más de cuatro millones de habitantes.

rosas tiendas, ya iluminadas por quinqués encerrados en jaulas de cristal, estaban allí instaladas al aire libre y la muchedumbre se precipitaba alrededor de los mostradores de frutas dirigidos con arte y de



lacios, estaban cerrados cuidadosamente; las calles desiertas daban una impresión de laxitud, casi de muerte, de los seres y de las cosas; Pekín, ciudad donde se sufre en silencio...

Sin embargo, en el boulevard, que tiene por horizonte la torre del Tambor y la muralla rosa del palacio imperial, no faltaba la animación; nume-

los hornos humeantes y atrayentes de los merenderos. Mujeres vestidas de trajes ya arcaicos, caminaban lentamente de un puesto al otro para hacer compras antes de la caída del sol.

La hutong pekinense es el receptáculo de toda una población algo vanidosa y que comprende cerca de cuatro millones de habitantes.



Merendero ambulante para los transeúntes que desean regalar el paladar con los conchifuturos de la cocina popular china.

A la caída del día, cuando las sombras confusas de los pórticos milenarios se alargan a través de las hutongs llenas de polvo; cuando los gavilanes, que buscan su presa, están graznando y planeando sobre los tejados puntiagudos de las casas, me fui de paseo por el barrio misterioso y lleno de silencio de Heou Men. Era hacia la cuarta velada y la gruesa campana hacía oír sus graves golpes, mientras que las lacerías de la torre donde estaba suspendida centelleaban bajo los últimos rayos del sol, que se ponía detrás del Si Tcheng. Los portales de las amplias residencias que fueron en otros tiempos tantos pa-



Una tienda en la que se exhiben las mercancías, objeto de su comercio, de la «hutong» pekinense.

La animación del mercado al aire libre en el boulevard, que tiene por horizonte la torre del Tambor y la muralla rosa.

Por poco que una persona sea observadora e imparcial, puede encontrar en las hutongs mil y un documentos que le permitan sondear, lo impenetrable de la vida íntima, oculta por los chinos.

No tengo ninguna pretensión de exponer el estudio de la vida popular pekinense con la perspicacia y la ciencia desarrolladas por J. Fabre en sus estudios de la *Vida de los insectos*, y tan sólo quiero demostrar que la cosa es posible y que la ignorancia en que están los europeos, de las aspiraciones íntimas de los celestes, les puede ser imputada más fácilmente a ellos mismos que al esoterismo atávico de los asiáticos.

MARCELA DE JUAN